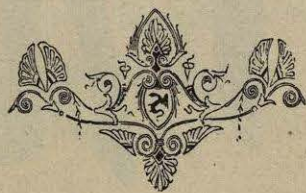


obscura, que tenía cubiertas las paredes con armarios y tras un tabique de ladrillos, donde apareció el travieso teniente coronel, con gesto de quien ha agotado su ingenio por ganar la partida y á pesar de eso la pierde.



CAPÍTULO XXIII

Campos de soledad, mustio collado



OHINO y cariacontecido, falto de sueño y falto de ánimo, salí de la ciudad de México por la diligencia del interior, tal día como el veintiséis de Abril del año famoso de cincuenta y siete.

Ahora que soy viejo, oigo á periodistas y políticos de una casta que llaman jacobinos, y que en mis mocedades no se conocía porque sólo nos dividíamos en conservadores y liberales, he oído, repito, echar de menos los tiempos pasados.

¡Oh, dicen esos líricos, entonces se vivía, entonces se gozaba! Cierto que existían abusos, que había atrocidades y de cuando en cuando peligraba el pellejo: pero, en cambio, cuando se triunfaba, cuando se lograba hacer

prevalecer un principio, arraigar una idea, ¡qué satisfacción más grande y legítima!...

Malo periculosam libertatem, quam quietum servitium, repetía uno de esos líricos citando detestablemente á Tácito.

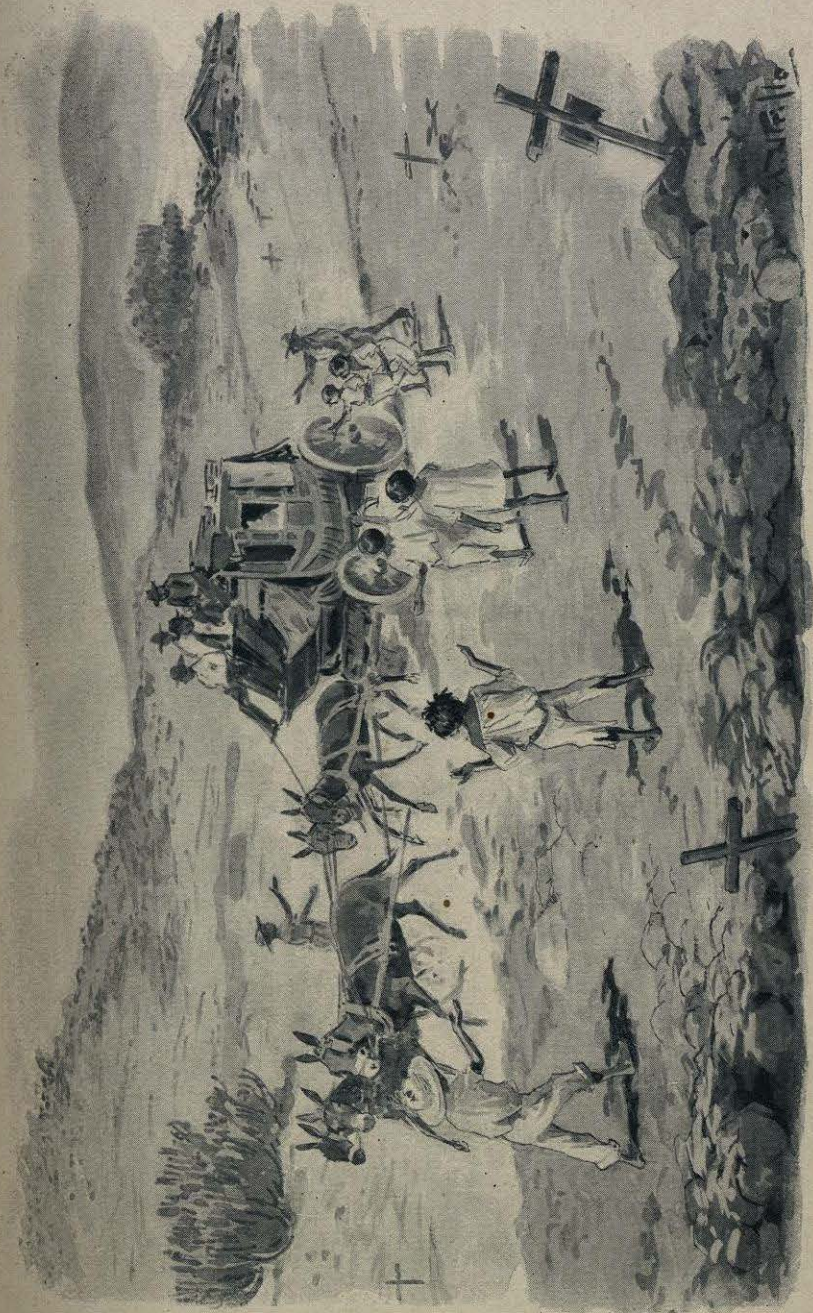
¡Malo! ¡Malo! Ya lo creo que es malo, y que si no lo evitaran sería peor. ¿Saben ustedes el número de acciones de guerra que se libraron en el territorio durante la guerra de tres años? Mil ochocientas veinticinco entre batallas, escaramuzas, asaltos de pueblos, refriegas de cierta importancia entre pasajeros y ladrones; toda la lira.

Como llevaba orden de no mostrar mi calidad ni mucho menos dar á conocer el objeto de mi viaje, salí en la diligencia como todo hijo de vecino.

Iban en el coche dos señoras en estado de merecer, un cura viejo, un capitulado de Puebla, un comerciante de Guanajuato, una escritora inglesa y un servidor de ustedes.

No había en el camino transeuntes ni pasajeros; aquí se veía una venta quemada, más allá un molino parado, después un campo con el rastrojo enmohecido, ó una hacienda de beneficio que no molía metales desde mucho tiempo antes, ó un campo de caña hecho pedazos por los caballos de cualquiera facción.

Las cercas se caían y mostraban portillos enormes, como bocas desdentadas; de las casas no salía el humo



Á éste le habían matado el padre; á aquél le habían jurado la madre...

que mantiene activo el fuego que calienta y congrega á su derredor á la familia; no se veían en los ranchos las gallinas que cacarean, ni en los aguajes los rebaños que dan leche y lana, ni *persogadas* en los corrales las bestias que denuncian la vida. Sólo unos cuantos perros flacos y macilentos, de esos que ya no tienen ni alientos para ladrar, salían, devoraban algún hueso, se metían dentro de los jacales derruídos, y echados junto al fogón recordaban la presencia del amo, la de los chiquillos juguetones, la de la mujer que acariciaba y corregía.

En las postas se cobraba por todo un ojo de la cara; un plato de huevos repugnantes por lo grasientos y mal hechos, y otro de frijoles *mortajados*, doce reales; un cuarto sin aseo ni ventilación, otro tanto.

Un ejército de muchachos, de adultos y de viejos desarrapados y con cara de hambre, pedía la *bendita* con voces tipludas y lastimeras. A éste le habían matado el padre; á aquél le habían *jurtado* la madre, al otro le habían quemado la casa, ó había perdido un brazo en una refriega, ó lo habían dejado por muerto en tal sitio. Era un dolor oír aquello.

Las cruces de palos atravesados, de cantera firme, pintadas en las paredes, ahondadas ó de relieve en los árboles, eran en número incalculable.

«Un Padre Nuestro y un Ave María por el alma de Pedro López, muerto aquí por la gavilla de *Pata de Palo*.»

«Una Salve por el alma de Simón Manjárez, que falleció aquí fusilado por las tropas de Pueblita.»

Y así hasta cansarse. El caminante, si sabía leer, leía la inscripción de letras blancas sobre fondo verde; si no, se limitaba á rezar una oración echando gotas de agua bendita del platillo que estaba abajo de la cruz.

En la diligencia, todas las conversaciones eran pertinentes al asunto.

— Esa es la venta de Hornachuelos, en que resistieron quince pasajeros contra cincuenta ladrones; quedaron muertos todos los pasajeros y la venta se entregó á las llamas.

— Aquí roban; este es el famoso *Mezquite gacho*, donde asaltaron y mataron al inglés Withman.

— Esta es la medianía del camino; en este punto se emboscan á *apergollar* pasajeros.

— Tras esas tapias hincaron á don Eustaquio Gómez hasta que dió orden de que entregaran treinta mil pesos á los ladrones.

— A aquellos picachos azules que se ven á la derecha, lleva Cobos á los *plagiados*.

Cualquiera pensará que ante aquel espectáculo y con aquellas noticias, nos sentiríamos sin ánimo y alicaídos. Nada de esto; charlábamos sin descanso, mirando todo con filosofía, pues no concebíamos cosa mejor.

— Hoy deben de haber salido de México mis carros,

como ya ha empezado á llover, tardarán tres semanas en llegar á mi pueblo, que es San Felipe Torres Mochas... Si algo me deja la *pela*, mis paisanas lucirán bonitos géneros en las fiestas que se aguardan.

— Mi marido es jefe político en Valle de Santiago, decía una de las señoras. Ahora vengo desde Toluca y he sufrido cuatro robos desde que salí.

— Si el señor Calvo, en vez de tomar medio millón de duros, hubiera podido alcanzar á coger el millón completo, á la hora de ésta tendríamos á México en nuestro poder, murmuraba el capitulado.

El señor cura nada decía, porque desde un buen rato se hallaba en *la otra vida*, zarandeándose en la correa de en medio del coche, con la lengua de fuera, la faz congestionada, los ojos verdosos á medio cerrar, la sotana remangada hasta más arriba de las rodillas y desabotonada hasta más abajo del cuello.

Alguien sacó una cantimplora con cognac Verbena; otro una purera y una cigarrera, y todos nos pusimos á echar humo como unos incensarios, inclusive las señoras, pues entonces, lejos de preguntarles si las molestaba el humo, se les daba su cigarrillo, y ellas lo fumaban de buena gana.

A poco empezaron á contarse cuentos, algunos graciosos, otros un tanto verdes, á pesar de la presencia de las damas, que no se ruborizaban ni mostraban enojo porque

en su presencia se trataran aquellas cosas. Con el sacerdote no se contaba, porque á esa hora roncaba imitando, una después de otra cosa, la llovizna sobre las milpas, el rezar de los fieles en la iglesia, el sonido de un fagot y el viento susurrando entre los árboles.

Alguien sacó una barajita y comenzamos á echar monte.

— Vénganse á la cargada.

— As y rey, tres y sota... Preciosos albuces; apúntense.

— Aire; cuatro y rey. Rey que vino.

— Echeme un albur de tres y cuatro.

— Al enfermo lo que pida.

— Cuatro de oros puerta vieja.

— Caballo y seis...

— Vino el seis... No metan mano; el que meta mano, pierde la apuesta. ¿Verdad, señora?

— Lo que es Birján, que hasta logró despertar al señor cura... ¡Cómo no se habían de admitir apuestas de á medio! Sí, señor. ¿Conque medio á la sota y medio al as? ¿Corre?

— Puede...

— Sota de oros segunda moza. Vamos al otro...

— ¡Maldito cojo!

— As de bastos... Puerta, y se vienen al monte todas las apuestas... El señor cura saca la suya porque fué á la camonina... ¡Muy bien, señor cura!

— Hombre, ¿no saben un buen chiste? Se jugaba el otro día en un *arrastraderito* de México, cuando cayó Juan José Baz con su gente, y se llevó dinero, carpetas, barajas y hasta *puntos*. Uno de los jugadores se metió debajo de una cama; pero deseoso de saber qué fin había tenido el albur que estaba sobre el paño, salió preguntando:

— Por fin, ¿qué vino?

— Baz á la puerta y se llevó todas las apuestas.

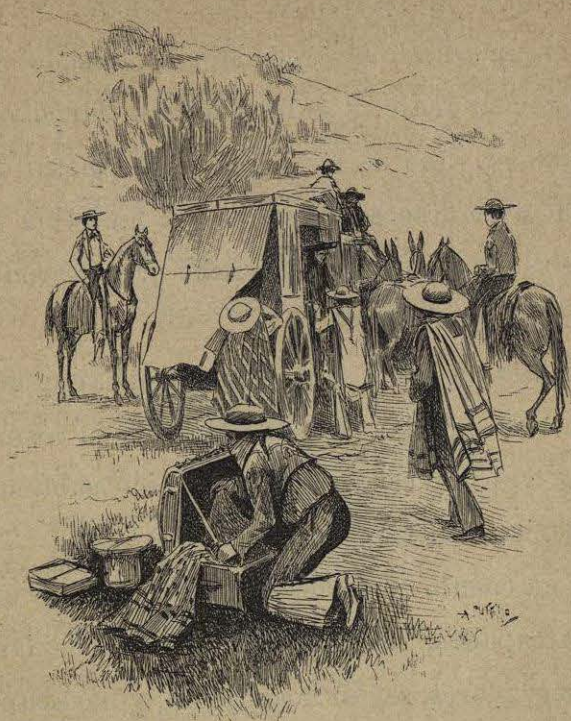
Reíamos la gracia, cuando oímos en la azotea de la diligencia tres toques cuya significación sabíamos bien. Querían decir: «allí viene la *pela*.»

Llegó, en efecto, en forma de media docena de garroteros desarrapados, mechudos y sin arte de latrocinio. Eran conservadores, según nos dijeron, y llevaban pretensiones modestas. Nada más solicitaban un préstamo de veinte pesos y pedían que se los diéramos, pues aquello serviría para defender la causa. El comerciante sacó la cuenta de lo que nos tocaba, hasta en reales y granos, echamos un guante y dejamos satisfechos á los pacíficos y honrados ladrones.

Todos hicimos buena cara menos la inglesa, que deseaba ver un asalto de esos en que hay muertos y heridos, y en que los ladrones cargan con las damas de la reunión.

A poco pudimos satisfacer los deseos de la *miss*.

Pasábamos una cañadita que llaman del Pedregoso;



todos dormíamos, porque la madrugada y el bochorno de la siesta nos hacían colgar el pico, cuando oímos casi á quemarropa varios tiros que salían de entre unos paredones.

- ¡Párense ay, hijos...!
- ¡Viva la libertad de los hombres!...
- ¡Viva la Constitución!
- ¡Azorríllense, desgraciados!...

Por riguroso turno fuimos saliendo de la caja rodante todos los que allí íbamos. Primero las señoras, luego el cura obeso, después el comerciante, el militar y yo.

Nos fueron registrando por turno, quitándonos cuanto llevábamos de dinero ó alhajas; luego buscaron en la cajuela del coche, en las valijas y en la vaca; después despeinaron á las señoras, abrieron los baúles, registraron bolsillos y escondrijos, y cuando nada les quedó por inquirir, tomaron de las prendas de ropa aquellas que más les cuadraron.

El rendido de Puebla trató de quebrantar el *azorrillamiento* y levantarse; pero la culata de un mosquete que se le estampó en los riñones, le quitó todo afán de movimiento. Una señora, que vió se llevaban su collar de oro de tres hilos, pidió misericordia, pero de nada le sirvió; de la petaca de alcanfor en que la alhaja venía, pasó á la chaqueta de cuero del capitán.

Que por cierto era trigueño, de buenos ojos, bien vestido y bien montado. También guapos, plateados y llenos de primores charros eran los otros bandidos, que llegaban en número hasta diez y seis.

Cuando hubieron esculcado bien se marcharon, prohibiéndonos voltear para ver el camino que tomaban, y haciendo sonar las herraduras de sus *cuacos* en dirección de un montecillo de mezquites que empezaba á la vera del camino.

Cuando sentimos alejarse el tropel, uno de nosotros, el más hábil, se desprendió de las ligaduras que lo sujetaban y soltó á los demás. Subimos al coche los bultos que los

ladrones nos habían dejado y seguimos á gran prisa, des-empedrando calzadas y recorriendo pueblos tenebrosos.

Así comprobamos que es falso aquel evangelio chico de la tierra, que dice no hay camino más seguro que el que acaban de robar, porque á nosotros nos robaron hasta siete veces.

Pero si en la primera ocasión se conformaron con dinerito y en la segunda se llevaron armas y alhajas, en las otras fueron haciendo selección, y siguieron con la ropa fina, la corriente, el bastimento, nuestros trajes encapillados, el calzado y la ropa blanca... Los últimos, que nos vieron vestidos con elegantes trajes confeccionados con periódicos, nos cintarearon hasta dejarnos hechos una desgracia.

Quien se sintió complacida como nunca fué la escritora, que relleno de notas sus cartapacios y alabó las gracias de los simpáticos pronunciados. Pero la maldita había salido *robable*, y apenas perdió un *plaid* escocés y unas chanclas de hule, prendas que unidas valdrían un peso ó dos.



CAPÍTULO XXIV

La Constitución según los autores

CUANDO en el pueblo se extendió la nueva de que Juanito Pérez, hijo de don Andrés Pérez, estaba de visita en casa de sus hermanas, se hicieron los catálogos más extravagantes.

— Viene á recoger la herencia de don Avelino, que estaba podrido en pesos, dijo el boticario.

— No hay tal herencia, contestó el escribano, que había heredado el protocolo de mi padre; viene á negocios de política... Es uña y carne de Comonfort, que le sienta á su mesa diariamente.

— Viene á denunciar las haciendas del vínculo de Mazatepec, que tiene ahora el convento de San Francisco, agregó el administrador de rentas.